

LA INTERDISCIPLINA, ENTRE-LÍNEAS

Raúl Vera Barros

Es mi rasgo en un cartel interdiscursivo, preguntando que es lo que podría circular entre profesionales de diferentes disciplinas.

¿Es posible que algo como un chiste circule entre parroquianos de parroquias diferentes?

Un chiste transmite algo inédito.

1) se presenta una articulación entre términos, es decir, entre significantes.

2) entre las líneas de su texto el chiste hace surgir un sentido nuevo, un nuevo uso del significante.

3) Gracias a la liberación de placer que produce, la sonrisa, el nuevo uso es admitido en el código.

¿Qué código? Freud dice: hay que ser de la parroquia para entender el chiste. El código es el Otro, es una comunidad que puede admitir un uso nuevo porque comparte los usos ya admitidos.

Pero ¿qué pasa cuando el Otro no comparte el vocabulario de otra disciplina?

Un chiste traducido de otra lengua puede ser tan aburrido como un chiste explicado. Se ve la diferencia entre sentido y transmisión: por más que nos expliquen el chiste ya no nos transmite, pierde gracia.

Hay otra forma de agudeza.

Cuando J. - A. Miller, en un país extraño, en una lengua que no era la materna, habló sobre lenguaje y psicoanálisis, prefirió hacerlo a través del piropo.

La etimología griega, de *pyro*, fuego, y *ôps*, aspecto, rostro, aludía a una aleación de cobre y oro, de color rojo brillante. La acepción se extendió luego, al parecer, cuando alguien no poseía una piedra preciosa para obsequiar a una mujer, y la sustituía por un elogio destinado a sonrojarla.

El piropo añade otras características a las del chiste.

No es eminentemente verbal, sino un montaje escénico muy breve, con un guión reducido a su mínima expresión.

El piropo, como el chiste, aporta a veces un nuevo uso de un término, pero además infringe otro código que no es el del lenguaje, el código de la decencia.

Como no aspira a retener a la mujer a quien se dirige, marca un corte entre el deseo y el hacer, corte que es ejemplar de la falta en los seres hablantes de una relación instintual entre los sexos.

Más que a una mujer concreta, el piropo se dirige a lo femenino como tal, la mujer inaccesible. Lo femenino como Otro no es el código, sino el Otro sexual, incluso para las mujeres mismas.

El piropo se logra con la sonrisa de esa mujer, pero también se logra si ella se ofende.

La mujer a quien se dirige el piropo es una ficción, no existe como tal porque sería todas las mujeres en una. Esa mujer tiene para el piropeador el valor de la propia castración, el valor emblemático de un falo que siempre y en sí mismo está fundamentalmente perdido.

Así, el piropo instaura una relación imposible con una mujer. Incluso a través de los mayores elogios, es también una agresión, una destitución de su condición de mujer. Puede formularse como una ofensa, como sucede en piropos donde el elogio de ciertas partes del cuerpo de la mujer supone que no se dirige a una persona sino al valor fetichista de esas partes. Hay una zona indecisa entre elogio y ofensa.

Lo trágico en el piropo es que en el límite no es más que un llamado al Otro, un intento profundamente desesperado de obtener un contacto con el objeto del deseo, esa mujer cualquiera y a la vez absoluta.

Hay un componente cultural en el piropo, J.-A. Miller se basa en ejemplos españoles, pero podemos investigar nuestro rasgos locales en la literatura.

Raúl Scalabrini Ortíz interroga en "El hombre que está sólo y espera", los rasgos propios del "hombre de Corrientes y Esmeralda", "polo magnético de la sexualidad del porteño".

Es difícil definirlo, dice, porque la realidad "... que el porteño muestra es su mentira". "Al conferirlos, el porteño desvirtúa sus sentimientos más nobles por inspiraciones de un raro pudor, sus ideas por impropiedad de sus medios comunicativos. Sirva de paradigma el piropo, connivencia sin permutas corporales entre el hombre y la mujer".

El raro pudor y la impropiedad de sus medios comunicativos estarían justamente en el lugar de la relación sexual que no hay entre el hombre y la mujer porteños.

Sigue diciendo, "el hombre porteño en ninguna ocasión depone su perversidad verbal. Sólo es dadivoso de ternura y suplicante de ella cuando mira. El piropo del hombre porteño es su mirada. La mirada traiciona la máscara de encallamiento en que se guarece".

En un capítulo de "Crónicas del Angel Gris" Alejandro Dolina dice que la gente de Flores atribuye a un Angel Gris ciertos desarreglos y malestares entre su gente. Pero el mito no le alcanzó a uno de los personajes, Jorge Allen el poeta. Envenenado por la fría mirada de una morocha sospechó que la indiferencia no era casual, adivinó una intención común, y decidió que tenía que existir una conjura, "La conspiración de las Mujeres Hermosas".

Cuenta que Allen visitó al primer psicoanalista que se estableció en Flores, Mauricio Finkel, buscando consuelo a un desengaño amoroso. Le contó cómo había sido abandonado y cómo sufría. Finkel dió por terminada la entrevista y le dio cita, explicándole que se trataba de que fuera comprendiendo su propio problema para encontrar la solución. Luego de ir varias veces comprendió perfectamente su caso, pero la chica se casó con un consignatario de Alberti. Comunicó su decisión de interrumpir el tratamiento y Finkel le dijo -Ud. no entiende, el punto es ubicarlo a Ud. ante la realidad para que la acepte y supere el dolor. Allen repuso -No deseo superar el dolor. Ya he perdido a la mujer que quería. ¿Pretende Ud. dejarme también sin el sufrimiento?

La conjetura de una conspiración entre las mujeres hermosas fue discutida en el barrio. Ives Castagnino el músico razonaba que, si el propósito de las mujeres terribles es hacer sufrir a los hombres, tienen dos maneras de lograrlo. La primera, no vivir un romance con ellos, la segunda -que lo aterrorizaba-, viviéndolo.

Manuel Mandeb sostenía: "...todo amorío debe presentar una cantidad razonable de escollos. Para serles franco -decía- no quisiera saber nada con una mujer capaz de entreverarse en dos minutos con un tipo como yo".

Dolina dice que jamás se alcanzaron a reunir pruebas convincentes de la existencia de la conspiración, pero que, no obstante, sus efectos se siguieron padeciendo.

Volvemos a encontrar el mito del Angel Gris, y la sospecha de confabulación, en el lugar de la relación sexual que no hay.

Estos diferentes empleos del piropo según la época y la cultura; el homenaje lisongero, la inhibición agresiva y la sospecha de confabulación, no sólo apelan a la parroquia como comunidad de lengua, también exhiben algo de esa comunidad, escenifican y transportan una modalidad propia de hacer con lo imposible.

Cuanto mejor ponga en escena el fracaso, lo fallido de la relación sexual, su imposibilidad misma, más logrado será el efecto de esta aleación de un objeto imposible y un significante, el piropo.

El modelo de piropo se aproxima más a dar cuenta de lo que puede transmitirse entre diferentes parroquias, diferentes disciplinas. Esto, en la medida que cada profesional ponga en escena las imposibilidades concretas ligadas a su propio quehacer, transportando al mismo tiempo la manera como su propia comunidad profesional se arregla con esas imposibilidades, y permitiendo así la incorporación de nuevas acepciones al código común.-

BIBLIOGRAFÍA

COROMINAS, Jean, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredós, España, 1998.

DOLINA, Alejandro, *Crónicas del Angel Gris*, caps. "La conspiración de las mujeres hermosas" y "El psicoanálisis en Flores", Colihue, Bs. As., 2003.

FREUD, Sigmund, "El chiste y su relación con lo inconciente", O. C. T. VIII, Amorrortu, 1979, Bs. As.

LACAN, Jacques, *El Seminario 5 Las formaciones del inconciente*, Paidós, 1999.

MILLER, Jacques-Alain, "El piropo", en *Recorrido de Lacan*, Hacia el 3º Encuentro del Campo Freudiano, Bs. As., 1984.

SCALABRINI ORTIZ, Raúl, *El hombre que está sólo y espera*, cap. "La gota de agua".